

Semblanza de un poeta

(Construida utilizando, en lo posible, su propia expresión literaria, porque el mejor -el único- homenaje que se puede hacer a un escritor es leerle).

Tenía la faz noble y angulosa, como un patricio romano y un «no se qué» de indolencia y majestad nazarita en los andares. Nieto de un labrador de pro, al igual que su abuelo, tenía el cuerpo como un junco y, también como él, era andaluz hasta el tuétano, pues había nacido en el pueblo más blanco, más abierto y más bonito de la Campiña cordobesa: Fernán Nuñez; pueblo al que amó, cantó y ensalzó en todos y cada uno de sus rincones (Puerta de la Villa, / por donde entraban los carros / que de Córdoba venían. / Plena de cales y sol, / hueles a juncia y campiña).

Como su montemayoreño bisabuelo, nuestro poeta tenía la frente combada y espaciosa como un cielo. Proporcionada la boca, la nariz aguileña, enérgico el mentón y una piel trigueña, bruñida por vientos camperos y soles de gañanía.

Por esta misma rama familiar le llegaron a la sangre unas dotes atléticas incansablemente narradas por los niños de toda una generación, pues si su antepasado lanzaba la «barra» a distancias inverosímiles, el protagonista de esta semblanza fue el particular mito futbolístico para aquella prole infantil y el único capaz -junto con «pinchavvas»- de saltar a «pie juntillas» las barandillas del jardinito hacia adelante y hacia atrás.

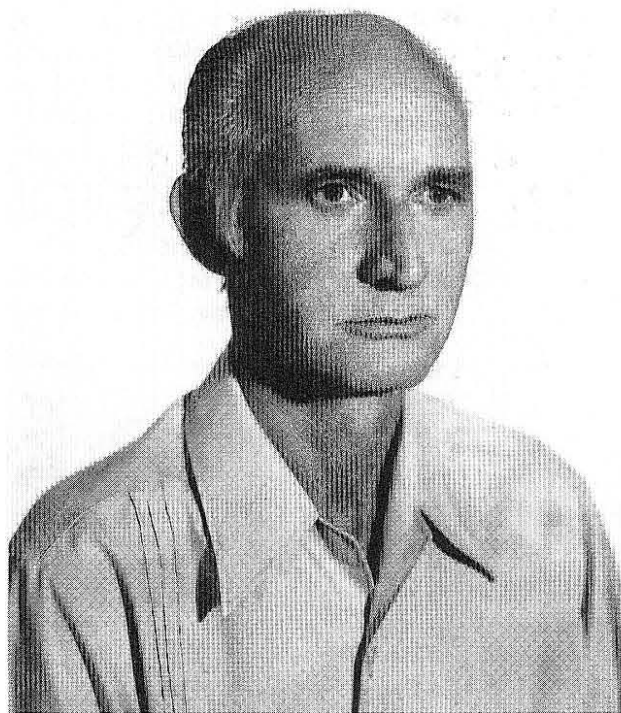
Sobrino de «Juanito Laguna», heredó del mismo la admiración hacia el caballo, porque en la elegancia, gallardía y fogosidad de este noble animal, se identificaban las virtudes atávicas del genuino andaluz. Es por ello que, hombre sensible, emotivo y sentimental, se le ponía carne de gallina ante las corbetas y cabriolas de un buen caballo andaluz.

Semanasantero hasta la médula, temblaba y se estremecía al recordar cuando por el ancho, expectante silencio de las procesiones, saltaba la saeta de «Joselete» con un estallido de hondo escalofrío: Y empieza a cantar la aguda «saeta» / el cante-oración / que estos pueblos blancos de mi Andalucía / se arrancan del alma para hablar con Dios.

Y como la saeta no es sino una de las muchas habitaciones de la gran mansión del flamenco, nuestro poeta habitó intensamente el edificio todo del cante andaluz; desde lo más hondo y trascendente (Martinetes de la fragua / con su garra de milenios. / Trinos de la seguiriya / cual estirados lamentos. / La toná dura y terrible / como

un trallazo de fuego), hasta los más livianos y refrescantes: Copla abierta fragante de campiña, / tu fandango es arpegio, luz y trino, / que dice el trajín de las besanas / la yunta, los gañanes, el cortijo; / la «pena jonda» de la madre buena, / los besos de la novia y el suspiro.

Catador y gustador reverente de las tradiciones de su pueblo y de sus gentes, asimilador insaciable de cultura popular, renacía cada vez que llegaba a la fuente de los



caños dorados la vieja y añorada fuente- y bebía con fruición en sus chorros cristalinos para luego hincar sus morros en las linfas y llenar de agua su frente, su pecho y su corazón, como quien ejerce una ablución ritual y venerada.

Ferviente entusiasta de lo sencillo y natural -era amigo de las rosas y las espigas-, nuestro poeta no podía resistirse al magnetismo de personajes populares completamente abiertos, sin resquicios ni recovecos ocultos; personajes anónimos para la historia oficial, pero que rezumaban la espontaneidad, la sabiduría popular, la frescura

natural de esta tierra andaluza que tanto amó. Por eso quiso ser cronista privado y generoso de las andanzas de tantos personajes humanamente irrepetibles: de Paragüés, del Gitano Jeromo, del Barberillo Matarife, del Chiquito Estrella, del Sastre Pomposo, de Ortegón o Zaragata.

Saboreó los primeros versos en las alforjas de Cristóbal Romero Real, aquel gañán-poeta que *fue ramadán de rosas y luceros,/ sembró versos de hermosa transparencia/ y su vida pasó entre cortijeros/ a los que daba el pan de su sapiencia.*

De aquellas mismas alforjas, tomó la admiración y el respeto reverente hacia la buena gente del campo, hacia esos muleros y campesinos que tenían *duras las manos de crear espigas,/ mansos los ojos de aventar luceros/ y el alma toda llena de alboradas.* Ante la dura aventura de vivir y sobrevivir de estos hombres, el poeta se descubría respetuoso convirtiendo el epopeya lírica la cotidianidad de su trabajo: *Fuí zagal en Torremocha,/ y en los Llanos temporero,/ gañán en la Fuensequilla/ y en Matasanos boyero;/ y a fuerza de honrado y bueno/ trabajé como un borrico/ hasta romperme los huesos.*

Y en aquel mismo manantial libó el sentimiento de rebeldía ante la injusticia social -más que en ningún otro caso- en lo que la vida deparaba a los «cucharitas»; en su pluma estalla el grito rimado ante el sino de aquellos niños hechos hombres a golpes de trabajo y hambre en los cortijos: *¡A lidiar con los toros del frío/ cuando rompen las claras del día!/ ¡A quebrarse los huesos en leche/ con las cargas de hedionda boñiga!/ ¡A sentir los mordiscos del hambre/ entre un duro trajín de ignominia!*

Sin embargo, este mismo verso, duro e implacable frente a lo injusto, se torna suave y acariciador ante la belleza femenina y los sentimientos amorosos que ésta despierta; sensaciones íntimamente interiores en unos ca-

sos (*Vigía de tu presencia/ yo te esperaba en la sombra/ y la noche campesina/ estremecida de coplas/ nos brindaba su negrura/ ancha y colaboradora*); explosivos piropos de admiración incontenible en otros: *¡Guapos los ojos negros,/ guapas las firmes piernas,/ guapa la cara guapa,/ guapa la cabellera!*

Y en una mañana del incipiente invierno, su Cristo de la Buena Muerte, al que dedicó en vida tantos afanes espirituales y materiales, le convocó para que organizase en el más allá la eterna procesión del silencio; para tocar el sordo tambor ceñido de negra túnica y cingulo de esparto; para hacer sonar la lúgubre corneta entre sonos de cadenas arrastradas; para surcar la luna llena de todos los celestes Viernes Santos con siluetas nazarenas y cruces de penitencia.

Aquel día, para las gentes de Fernán Nuñez, se hicieron cercana realidad las mismas palabras que él escribiera en memoria de García Lorca: *La paloma se ha quebrado./ La tarde se ha puesto malva./ .../ Ya te llevan por la gloria los corceles de la Fama./ Cuando el mundo bebe luces/ de tu enorme luminaria/ gitanos de sombra y sueño/ te lloran por la alborada.*

Pero la historia del poeta no acaba aquí. Además de permanecer todavía mucho tiempo en la memoria colectiva de todo un pueblo, volverá a la vida todas y cada una de las veces que alguien se acerque a sus versos. Y algún día -estoy seguro que no muy lejano- en una esquina pulcra y recoleta de Fernán Nuñez, recién tocada por la acaricia de la cal, se leerá sobre pétrea placa:

**CALLE DEL POETA
BARTOLOME ALMENARA**

J.N.R.

La Estrella

**S.A. de Seguros y Reaseguros
Grupo Central Hispano**

JOSÉ M^a HIDALGO GARCIA
Asesor Técnico de Seguros n^o Colegiado 68682

**Le ofrece su gama de seguros en:
AUTOMOVILES, VIDA, ACCIDENTES, HOGAR,
COMERCIO, JUBILACION, etc.**

c/ La Feria, 8

FERNAN NUÑEZ (Córdoba)

Tfno. 373380